



# **Retos de las relaciones culturales entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe**

Lluís Bonet y Héctor Schargorodsky (Eds.)



# **Retos de las relaciones culturales entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe**

Lluís Bonet y Héctor Schargorodsky (Eds.)

Título: Retos de las relaciones culturales entre la Unión Europea y América Latina y el Caribe.  
Coordinación: Lluís Bonet y Héctor Schargorodsky (Eds.)

Editorial: Quaderns Gescènec. Colección Cuadernos de Cultura nº 5

1ª Edición: Agosto 2019

ISBN 978-84-938519-3-4

Coordinación editorial: Giada Calvano y Anna Villaroya

Edición y maquetación: Sistemes d'Edició

Impresión: Rey Center

Traducción: María Fernanda Rosales, Alba Sala Belfort, Debbie Smirthwaite

Fotografías de Lluís Bonet (páginas 12, 22, 64, 214, 243, 270, 296, 334 y 354), de Shutterstock.com, adquiridas por la OEI, originales de A. Horulko, Delpixel, V. Cvorovic, Ch. Wollertz, G. C. Tognoni, LucVi y J. Lund (páginas 96, 118, 138, 168, 208, 216, 234 y 386) y de www.pixnio.com, original de pics\_pd (página 404).

Imagen de cubierta: Acuarela de Lluís Bonet



EULAC Focus ha recibido financiación del programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea en virtud del acuerdo de subvención nº 693781.



*Giving focus to the Cultural, Scientific and Social Dimension of EU - CELAC relations (EULAC Focus)* es un proyecto de investigación financiado por el programa Horizonte 2020 de la UE, coordinado por la Universidad de Barcelona e integrado por 18 centros de investigación de Europa y Latinoamérica y el Caribe. Su principal objetivo es enfocar la dimensión cultural, científica y social de las relaciones UE-CELAC, con el fin de determinar las sinergias y la fertilización cruzada, así como identificar asimetrías en las relaciones bilaterales y birregionales.

Esta publicación refleja únicamente el punto de vista de los autores y no el de la Unión Europea. La información utilizada puede basarse en datos de fuentes externas al Consorcio del proyecto EULAC-FOCUS. Los miembros del Consorcio no aceptan responsabilidad por pérdidas o daños sufridos por terceros como resultado de errores o inexactitudes en dichos datos. La información en este documento se proporciona "tal cual" y no se otorga ninguna garantía de que sea adecuada para ningún propósito en particular. Sus usuarios utilizan la información bajo su único riesgo y ni la Unión Europea ni ningún miembro del Consorcio EULAC-FOCUS es responsable del uso que pueda hacerse de la información.

# ÍNDICE GENERAL

Perfil de los autores. . . . .	5
Presentación. . . . .	13
<b>MARCOS INSTITUCIONALES DE LA COOPERACIÓN . . . . .</b>	<b>21</b>
1. Política y diplomacia cultural en las relaciones Euro-Latinoamericanas y caribeñas: génesis, discurso, praxis y prospectiva. . . . .	23
2. Impulso a la cooperación cultural EULAC: lecciones aprendidas de los programas de la UE . . . . .	51
3. La dimensión cultural de las relaciones entre la Unión Europea y América Latina bajo el prisma de cuestiones transversales de movilidad, desigualdad, diversidad y sostenibilidad. . . . .	87
4. Cooperación europea y acción cultural de los clústeres EUNIC en América Latina y el Caribe. . . . .	113
<b>LA EXPERIENCIA Y LAS DINÁMICAS SUBREGIONALES . . . . .</b>	<b>137</b>
5. La experiencia de los programas de cooperación iberoamericanos y su potencial desarrollo a escala EU-CELAC. . . . .	139
6. El posible impacto del Brexit en las relaciones culturales UE-Caribe . . . . .	169
7. Las relaciones culturales Euro-Centroamericanas: un encaje poliédrico . . . . .	191
<b>FLUJOS Y ESTRATEGIAS . . . . .</b>	<b>215</b>
8. La cooperación cultural interuniversitaria entre CELAC y UE: conceptos, actualidad y perspectivas. . . . .	217
9. Las asimetrías del comercio exterior cultural entre América Latina y el Caribe y la Unión Europea . . . . .	235

10. Interpretar la fantasía de la movilidad mientras se promulga la violencia de la inmovilidad . . . . .	271
11. Relaciones entre Europa, América Latina y el Caribe en el ámbito del espectáculo en vivo . . . . .	297
12. Flujos audiovisuales en América Latina y Europa . . . . .	327
13. Patrimonio cultural digital en los países UE-ALC: la protección de los derechos de autor en el ambiente digital . . . . .	355
14. Latinoamérica y el Caribe miran a Europa en el viaje de sus bienes culturales . . . . .	381
15. Los intercambios deportivos entre Europa y América Latina: flujos, migraciones e indiferencias . . . . .	405



# 15

## LOS INTERCAMBIOS DEPORTIVOS ENTRE EUROPA Y AMÉRICA LATINA: FLUJOS, MIGRACIONES E INDIFERENCIAS

Pablo ALABARCES

---

### *Resumen*

Las relaciones deportivas entre Europa y América Latina son tan antiguas como la misma existencia del deporte: la fundación de esas prácticas se debe a la influencia europea en el subcontinente desde mediados del siglo XIX, e incluso, en los contados casos en que la influencia de los Estados Unidos es más potente, la presencia europea resulta decisiva. Sin embargo, luego de siglo y medio de despliegue de estas relaciones, las mismas han redundado en un carácter unidireccional: originalmente basadas en la migración fundacional, revierten desde los años 20 del siglo XX en la migración de deportistas latinoamericanos a Europa y en una organización del flujo enteramente regida por los distintos mercados específicos, prescindente en general de intervenciones públicas u orientaciones que privilegien otros principios distintos a la producción de ganancia económica –incluso en los deportes menos rentables o con persistencias no profesionalizadas. Este trabajo propone desarrollar esta caracterización, tanto en términos históricos como contemporáneos, señalando algunas de las posibilidades de reversión y rediscusión de este flujo, a partir de organismos y posibilidades existentes o a ser desarrolladas.

---

## 15.1 Una síntesis histórica, que pretende explicar el presente

Como señala Allen Guttmann (1994), en una clasificación generalmente aceptada, los deportes modernos capturan distintos tipos de juegos tradicionales o arcaicos y los transforman en deportes mediante la institución de una serie de características particulares. Ellas son:

- a. Secularismo: el deporte pierde vinculación con todo tipo de rituales religiosos, lo que lo separa de sus antecedentes greco-romanos o precolombinos. Que los practicantes de los deportes modernos sean a su vez creyentes o usuarios de prácticas rituales religiosas, o que alguno de sus organizadores disponga ese tipo de rituales junto a la práctica deportiva, no quita que el deporte sea estrictamente secular: sus objetivos son la competencia, el éxito, el prestigio, la fama o el dinero, o todo junto; pero no el homenaje a alguna deidad presente, pasada o futura – salvo, justamente, el dinero.
- b. Igualdad: las regulaciones se instituyen con el doble propósito de establecer la igualdad entre los contendientes y de que todos respeten las reglas por igual. De ese modo, la igualdad establece un orden meritocrático, en tanto el triunfador debería ser, inevitablemente, el mejor de los competidores. Esto tiene una relación particular con el progresivo establecimiento, en el siglo XIX, de instituciones democráticas en las sociedades: la igualdad deportiva reproduce la igualdad democrática traducida en el derecho al voto, pero a la vez la perfecciona, en tanto la victoria depende únicamente del desempeño deportivo. El grado en que ese únicamente sea realmente único está en la base del imaginario democrático del deporte – ya que sabemos porfiadamente que no está en el imaginario democrático de las sociedades capitalistas.
- c. Burocratización: la institución del deporte moderno incluye la creación de organismos que, primero, establecen las reglas y, segundo, las administran. Pero esa administración supone, con el paso breve del tiempo, también la organización de la competencia y sucesivamente la administración de todo lo que la rodea; primero en un plano local, luego nacional, más tarde regional, finalmente internacional. Es lo que separa el establecimiento de las Reglas de Cambridge en 1848 de la creación de la FIFA en 1904. La inclusión o no en la supervisión del/los organismos burocráticos es lo que diferencia al practicante «federado» (es decir, burocratizado por la pertenencia a un club, por ende, a una Liga o Asociación, por ende, a una Confederación y así hasta el nivel más alto que se pueda alcanzar – normalmente, el Comité Olímpico Internacional) del practicante ocasional o aficionado.
- d. Especialización: los deportes modernos se caracterizan por la especialización en una práctica. La ubicuidad deportiva es en realidad premoderna o fundacional del período moderno. El desarrollo de los deportes irá exigiendo – hoy lo hace de modo

casi absoluto – una especialización tanto de la práctica – la diferencia entre rugby «unión», rugby «league», fútbol «soccer» o «asociación», football americano, béisbol, cricket, sóftbol – como de los practicantes. Y también de las funciones burocráticas o deportivas: jugadores, árbitros, entrenadores, dirigentes.

- e. Racionalización: contemporáneos del capitalismo industrial y privados de sus relaciones rituales con las religiones, los deportes modernos implican su racionalización – es decir, su sujeción a organizaciones, regulaciones y administraciones definidas estrictamente por su racionalidad, con un objetivo primario (la administración de la regla y del principio de igualdad para el control de adecuados y justos desempeños deportivos) y uno secundario, derivado de la progresiva profesionalización: la obtención de plusvalía. La racionalidad deportiva se transformará con el tiempo (muy breve) en pura racionalidad capitalista: la obtención de ganancia. Esto no obstruye la racionalización – es decir, la transformación en mercancía – de los elementos afectivos: identidad, memoria, relatos o pasión.
- f. Cuantificación: los deportes modernos dejan rápidamente de ser simples competencias para transformarse en series de competencias. Es decir, torneos, series de torneos. El *match* o la *performance*, que a su vez deben ser cuantificados – como resultados: 1 a 0, 2.35 metros, 2 horas 45 minutos – se incorporan a series acumulativas: tantos puntos por juego, tantos puntos en un torneo, tantas victorias, tantas derrotas. El juego individual – entre dos equipos o dos competidores, o la práctica individual – quedan confinados al territorio de lo no-burocratizado: el deporte moderno es principalmente cifras, tablas, rankings, medición de rendimientos.
- g. Obsesión por los récords: consecuentemente, si los desempeños se cuantifican, la racionalidad de los números conlleva la búsqueda de la superación de los números registrados: más goles a favor, menos goles en contra, menos minutos por tramo, más rápido, más alto, más fuerte. Objetivos que luego deben ser superados, en una rueda infinita. El campeón de la temporada pasada debe ser superado en puntos, juegos ganados y diferencia de goles; el nuevo goleador debe marcar más goles que el que más haya marcado en un período histórico.

Este proceso de transformación de los juegos en deportes se produjo, como es sabido, a mediados del siglo XIX en torno de las llamadas *Public Schools* británicas, para luego extenderse, primero en la sociedad británica a través de las instituciones escolares, religiosas y fabriles (la escuela, la iglesia, la fábrica), luego en el resto del continente europeo. El gran crítico literario palestino Edward Said (1996) afirma, en *Cultura e imperialismo*, que la historia de todas las culturas es la historia de los préstamos culturales. La expansión de los deportes modernos parece seguir, en el caso europeo, la misma pauta. Sin duda que la difusión global de los deportes modernos ocurre al mismo tiempo que la constitución de los

mercados globales y los imperios coloniales: pero los países europeos que adoptaron los deportes ingleses no se vieron sujetos a dominaciones imperiales o a situaciones coloniales o poscoloniales. Parece tratarse, más bien, de una situación de hegemonía cultural, en la que el deporte aparece como una práctica atractiva organizada por el prestigio del sistema escolar británico para la formación de las élites, y luego se difunde y populariza siguiendo el mismo modelo: desde las clases altas anglófilas, se produce una masificación a cargo de las clases medias, para luego completarse el proceso con la apropiación de las clases obreras – y el consecuente abandono por parte de las élites. Distinto será el caso prusiano, renuente al prestigio educativo británico y en el que tendrán un papel fundamental, como en América Latina, los educadores migrantes formados en Gran Bretaña.

Para ser una potencia imperial que inundaba con deportes el mundo, el Imperio Británico fue bastante renuente a dominar las organizaciones mundiales que se crearon a partir de 1894. Al mismo tiempo, esto respalda las afirmaciones del historiador holandés Maarten Van Bottenburg (2010): aunque la invención fuera británica, cada cultura deportiva – europea, pero también las latinoamericanas – se desarrolló con bastante autonomía. Incluso, las dos grandes figuras de la explosión de las competencias internacionales fueron dos franceses: Pierre de Coubertin, el inventor de los Juegos Olímpicos modernos, y Jules Rimet, el creador de las Copas del Mundo de fútbol.

Estas afirmaciones no implican abandonar la hipótesis del imperialismo en la difusión de los deportes fuera de Europa. Hay un dato irrefutable: como recuerda Allen Guttmann (1994), tanto Gran Bretaña como los Estados Unidos, las dos grandes potencias imperiales en el tránsito del siglo XIX al XX, son los únicos países en los que los deportes modernos más importantes no se desarrollaron bajo la influencia de actores o modelos extranjeros. Sea el caso del fútbol como del rugby, el tenis, el remo, el basquetball, el volleyball, el football americano, el béisbol o incluso el cricket – que cuenta aún con importancia relativa en el Caribe, la India y Oceanía–, todos ellos fueron «inventados» – lo que siempre significa codificados, es decir, modernizados – en alguna de ambas potencias. De la misma manera, el mapa de la expansión de esos deportes, especialmente el fútbol y el béisbol, es el mapa de su expansión imperial: de manera rápida, el fútbol responde a la expansión inglesa y el béisbol a la norteamericana. En algunos casos, que aparecen más crudos cuando el imperialismo es francamente colonialista –es decir, con ocupación armada del territorio colonial –, el deporte aparece, como señala Guttmann (1994), como instrumento útil para propósitos políticos. Es el caso del cricket en la India, el lugar donde el Imperio Británico desarrolla estrategias de dominación complejas que incluyen la construcción de élites locales mediadoras.

Pero incluso en esos casos extremos, con el Imperio ocupando el territorio local, es difícil afirmar que la expansión de los deportes en las colonias o en las neo-colonias funcionara únicamente como herramienta de control social – y mucho menos, imperial. En

América Latina esa afirmación es refutable: no se trata de simple reproducción del orden metropolitano, especialmente porque no hay ocupación territorial – salvo en el caso cubano o en el nicaragüense, pero incluso aquí se trata de una ocupación «compartida» con las clases dominantes locales. Ni siquiera se trata de imposición disciplinadora de las pautas sociales y culturales de la potencia imperial, en tanto hay una mediación – decisiva, sin la cual no puede narrarse el desarrollo del deporte en el continente – de las élites locales, sobre las que no se ejecuta ninguna imposición, sino que despliegan lo que el sociólogo norteamericano Thorstein Veblen (1974) llamaría una «emulación». Distinto es el análisis de las funciones que cumplen los deportes una vez que las élites locales los asumen y difunden, y se encuentran con su popularización: allí las posibilidades del control social reaparecen, pero ya no como control colonial, sino estrictamente local. En el caso del fútbol británico, puede verse bastante del ímpetu disciplinador a través de las instituciones escolares, fabriles y religiosas; en el norteamericano, que sigue otras pautas más ligadas a lo mercantil, una institución civil pero religiosa como la Young Men Christian Association (YMCA) es clave para la difusión del básquet y el vóley.

Lo cierto es que los deportes modernos no pueden ser vistos como instrumentos de represión política y económica: ni imperial, como estamos argumentando, ni local. En relación con su expansión poscolonial, desde finales del siglo XIX, los deportes se difundieron a partir de la adopción por parte de las élites locales de las prácticas de las élites imperiales, a través de dos caminos: el viaje iniciático o la reproducción implantada. En principio y mayoritariamente, la difusión latinoamericana pertenece a la etapa poscolonial, incluyendo el caso cubano: los deportes se arraigaron en la etapa independentista, y la disputa con la metrópolis española fue justamente uno de los ejes que decidió el éxito del béisbol. En casi toda Sudamérica y en casi toda América Central, los deportes aparecen en el cambio del siglo XIX al XX, es decir, cuando las naciones modernas están – más o menos – bien constituidas, con territorios definidos y gobiernos unificados, sin ocupación imperial. Pero en la mayor parte del Caribe, la dominación imperial directa perduró hasta entrado el siglo XX, especialmente por parte de Gran Bretaña, lo que decidió un mayor alcance del cricket, por ejemplo, o la ausencia casi total del béisbol: por ejemplo, las «potencias» futbolísticas son Jamaica y Trinidad y Tobago, únicos países antillanos en clasificar a una Copa del Mundo – junto a Haití y Cuba, una vez cada uno –, y en ambos casos, dominios británicos hasta 1961-1962. En Jamaica, el peso de la dominación británica hasta tan entrado el siglo XX permite entender la predominancia en relación con el subcontinente del *track & field*, la «pista y campo» con que los ingleses denominaron las actividades ampliamente conocidas como atletismo – y en consecuencia, el impacto mundial de sus velocistas.

Guttman (1994) señala que, en el campo deportivo, los dominados pueden vencer finalmente a los dominantes: más aún, que sólo en el campo deportivo es posible esa inversión. No podemos afirmar por ello que los deportes se inventaron e implantaron para

recibir victorias falsas por parte de los viejos dominados o colonizados. Lo que los inventores y difusores del deporte moderno nunca tuvieron en consideración fue que, junto a sus posibilidades disciplinadoras – para formar buenos ciudadanos con mentes sanas en cuerpos sanos –, el deporte tuviera posibilidades in-disciplinadoras: la derrota del maestro, entre ellas. Y también, lo que será un foco importante, los deportes demostraron, rápidamente, posibilidades narrativas: no sólo como objeto de la prensa popular – que lo fueron, largamente – sino por su capacidad para crear y soportar relatos de identidad, local o nacional. Guttmann (1994) acota que, si las naciones son comunidades imaginadas, como afirmaba el historiador británico Benedict Anderson (1996), entonces los deportes modernos fueron una ayuda importante y popularmente accesible para esta forma políticamente indispensable de imaginar. Porque también, al ser tan buenos para narrar las identidades, los deportes pudieron ser grandes auxiliares para marcar barreras étnicas, religiosas o raciales: lo que nos permite analizar el rol de los afroamericanos o las poblaciones originarias en el deporte moderno latinoamericano, o la presunta «Guerra del Fútbol» entre Honduras y El Salvador en 1969.

El historiador alemán Stefan Rinke (2007) señala que la historia del deporte en América Latina es el de la integración en el mercado mundial capitalista. Este es un punto de partida innegable e irrefutable, que a la vez permite ver el alto nivel de entrelazamiento transnacional de esa fase temprana de la globalización. Por otro lado, afirma, los deportes «constituyen una muestra impresionante de la rápida criollización de las influencias culturales en Latinoamérica en el temprano siglo XX» (Rinke, 2007: 90), a lo que habrá que sumarle el papel local de la prensa, la radio y finalmente la televisión. Pero a la vez, puede plantearse como hipótesis general hasta nuestros días: el deporte latinoamericano continúa dependiente de esa integración en un mercado que hoy se propone como global; y sus relaciones deportivas sólo cambian de foco –entre Europa y los EEUU, primero; con el mundo asiático, en segundo lugar – en función de las distintas hegemonías deportivas particulares.

El historiador inglés Matthew Brown (2015) señala con agudeza que la teoría del Gran Hombre – el prócer, el sujeto excepcional – como motor de la historia ha sido abandonada por la historiografía, salvo en el caso de los deportes. Las historias deportivas latinoamericanas diseñan un mapa de pioneros y fundadores: lo decisivo son las instituciones involucradas en la fundación del fútbol en el continente. Siempre hay pioneros y migrantes, y muchos nativos, pero lo importante son los lugares donde despliegan su pionerismo: las instituciones.

Son, primero, los clubes de la colectividad británica, luego imitados por las burguesías locales; son también las escuelas originalmente para expatriados, más tarde replicadas por las escuelas privadas de la burguesía o las estatales; son a la vez las compañías mineras, de ferrocarriles o industriales. No hay sorpresas: la lista de los fundadores no se aparta, en

todo el continente, de esa pauta. No hay asociaciones populares ni grupos políticos ni reuniones vecinales. No hay cárceles, pero sí escuelas, cuarteles y fábricas, y no falta alguna iglesia. Es decir, lugares donde disciplinar los cuerpos y las mentes –y las almas, si fuera posible.

Los clubes se fundaron para el esparcimiento de la colectividad británica, siguiendo el modelo metropolitano: por eso aparecieron primero los dedicados al cricket, el deporte más antiguamente reglado (desde 1787) y expandido en todas las colonias del Imperio. Cuando el empleo de los deportes como herramienta educativa quedó instalado – como dijimos, desde mediados del siglo XIX en las Public Schools de la aristocracia y la burguesía británica –, los clubes fueron el espacio de su reproducción y expansión. Los deportes educaban a los caballeros en cuerpo y alma, en *mens sana in corpore sano*: cuerpos aptos para la guerra, mentes disciplinadas para el servicio de la corona y para el ejercicio de la moralidad del caballero –lo que incluía el *fair play*, entendido como respeto por las reglas y por el adversario. Los clubes criollos, fundados en todo el continente como epígonos del modelo británico, se crearon sobre los mismos valores: incluso, varios clubes latinoamericanos tomaron el *mens sana* explícitamente como lema (por ejemplo, los clubes Gimnasia y Esgrima desplegados por la Argentina).

La expansión de los deportes en el continente tuvo también a las escuelas de la colectividad como espacio de reproducción. Allí, la insistencia en el deporte como disciplinador y educador era pura continuidad de lo ocurrido en Gran Bretaña – y los exalumnos luego se integraban a los clubes o fundaban nuevos, munidos del mismo espíritu desde pequeños. En muchos países latinoamericanos, los modelos educativos tomaron desde comienzos del siglo XX estas instrucciones y las replicaron incluso en las escuelas populares. Los ejércitos fueron sólo una extensión necesaria de lo anterior, especialmente aquellos más vinculados al modelo británico: el deporte optimizaba la formación militar, de cuerpos mejor preparados para la contienda. (No fue el caso de los ejércitos cuyo modelo fuera el prusiano, que reemplazaba los deportes competitivos por la gimnasia alemana, aunque con el mismo objetivo).

Este proceso no es idéntico al que ocurrió en el espacio que llamaremos la fábrica, aunque reúne lugares distintos: el taller, el ferrocarril, la mina, a veces meramente la empresa comercial. Especialmente, porque su especialidad fue el fútbol, antes que cualquier otro deporte, y los destinatarios fueron los primeros grupos populares en adoptarlo. En los comienzos, los precursores dependían de la nacionalidad del capital: en esta serie, como señalamos en una historia específica, se repiten los ferrocarriles, las compañías mineras, los frigoríficos, las empresas textiles, todos con capitales británicos. Iniciado el proceso de la práctica luego de la acción de algún o algunos pioneros migrantes, estas instituciones admitieron su extensión a los sectores obreros, porque eso permitiría el desarrollo de la solidaridad entre los trabajadores, solidaridad que debía extenderse a la empresa.

Las iglesias participaron del mismo proceso, y aunque se trató, en América Latina, de distintas órdenes católicas – salesianos, jesuitas, dominicos, entre otros – compartían convicciones con sus pares anglicanos: el deporte permitía blindar los cuerpos en comportamientos más ascéticos que los esperables en las clases obreras. El deporte – muy especialmente el fútbol, aunque no únicamente – apareció como una herramienta que alejara a los obreros del alcohol, el tabaco y el sexo. Eran tiempos de higienismo, de convicciones redentoras respecto de los peligros que acechan a los pobres; convicciones compartidas por los religiosos, los educadores, los militares y los empresarios. Y por algunos políticos, también: luego de algunos primitivos rechazos, incluso grupos socialistas terminaron defendiendo la práctica deportiva como un medio para alejar a los grupos populares de los peligros tenebrosos de la disipación. Hoy, ese argumento reaparece transformado en «alejar a los niños de los peligros de las drogas», como si el campo del deporte no tuviera algunos severos problemas de adicciones.

La revisión de los pioneros muestra la amplia paleta de las nacionalidades europeas involucradas en el surgimiento de un campo deportivo latinoamericano. En la Argentina hay un peso descomunal de los escoceses en el fútbol y de ingleses en las otras prácticas, pero los alemanes acompañan todo el proceso y los italianos despliegan nichos particulares – el tiro, el remo. La historia de los hermanos Hogg es un ejemplo perfecto de todo el proceso: Thomas y James, nacidos en Yorkshire, pero hijos de un comerciante inglés radicado en Buenos Aires, fundaron, juntos o separados, un *Dreadnought Swimming Club* en 1863, una *Buenos Aires Athletic Sports* en 1866 – que organizó el 1° de mayo de 1867 el primer encuentro atlético de *track & field* –, y en los años setenta del siglo XIX, el primer Golf Club de Latinoamérica. Las mismas fuentes aseguran que en 1866 jugaron por primera vez al squash, que el 14 de mayo de 1874 jugaron el primer partido de rugby, aprovechando el Buenos Aires Cricket Club fundado por su padre años atrás, y que en 1890 jugaron el primer match de *Lawn Tennis*. El 9 de mayo de 1867, los hermanos Hogg fundaron el *Buenos Aires Football Club* y convocaron, a través de las páginas del periódico en inglés *The Standard*, a la realización de un match que, luego de suspenderse por lluvia el 25 de mayo, se desarrolló el 20 de junio de 1867.

En Uruguay, el peso británico es casi absoluto. En Brasil, predominan los británicos, pero se trata en general de hijos de la colectividad que se educan en Europa – no sólo en la metrópoli imperial – y son acompañados por otras colectividades migrantes – alemanes en el sur, italianos en el área paulista. En Chile es la colectividad británica, en menor medida la alemana; en Perú, los británicos son el único motor (y comienzan tempranamente: el Lima Cricket Club fue fundado en 1857). En Paraguay, el primer impulsor del deporte es un holandés, instructor de educación física en la Escuela Normal de Asunción; en Bolivia, son nativos empleados de compañías británicas. En Colombia hay un norteamericano (un coronel del ejército), pero también británicos, franceses y suizos. En Ecuador, hijos de

británicos. En Venezuela, un maestro galés organizador de actividades en compañías mineras; en Honduras, franceses. En México, nuevamente los británicos, pero acompañados por belgas, alemanes y españoles – los clubes de esta colectividad son dominantes entre los años 1920 y 1940.

## **15.2 La invención de la competencia internacional y la reversión del flujo migratorio**

La constitución definitiva de «campos deportivos» locales ocurre como consecuencia, entonces, de esta implantación migrante. Las asociaciones son primero dominadas por los miembros de las colectividades europeas, para dejar paso a las elites locales en los primeros años del siglo XX; son inicialmente los organismos futbolísticos, luego las asociaciones de otros deportes, finalmente los Comités Olímpicos. Porque en 1894 se funda un Comité Olímpico Internacional al que los países latinoamericanos se irán incorporando con alguna presteza: Argentina participa en la fundación del COI, aunque no en los primeros Juegos de 1896. Allí participó sólo un deportista chileno, Luis Subercasseaux, sin representación nacional oficial – el Comité Olímpico chileno se fundó en 1934 –, y en 1900 varios cubanos, aunque el Comité Olímpico local se fundó en 1926; desde 1904 comenzó a incorporarse el resto de los países latinoamericanos.

El antropólogo argentino Eduardo Archetti (2001) afirma que a través de los Juegos Olímpicos y, posteriormente, a través de otras competiciones en diversos deportes, se impuso la ficción de una coronación de los mejores del «mundo». El deporte pasó a ser así un espejo en donde verse y ser, al mismo tiempo, mirado. Estar entre los primeros era importante; pero, paralelamente, era decisivo «ser visto» representando «algo diferente». La globalización temprana del deporte no era un proceso de homogeneización, sino un espacio en donde producir imaginarios, símbolos y héroes que establecieran diferencias: para sí y para el resto – y con respecto al resto. Los países latinoamericanos comenzaron a afirmar esa diferencia desde temprano: centralmente, lo hicieron en el fútbol – aunque en 1900 el esgrimista cubano Ramón Fonst había ganado una medalla dorada, es el éxito de Uruguay en fútbol, en 1924, el que instala la narrativa de identidad exitosamente, tanto en la prensa latinoamericana como en la europea.

Esto clausura casi definitivamente el flujo de la migración europea fundacional a Latinoamérica – todavía habrá alguna excepción, como la migración futbolística vasca durante la Guerra Civil española de 1936-1939 – e instala su reversa. En primer lugar, porque el deporte latinoamericano asume simultáneamente su inserción en un contexto de primitiva globalización – al menos, de internacionalización – y pasa a privilegiar la competencia internacional como forma de afirmar las diferencias antes citadas. A nivel regional – la Confederación Sudamericana de Fútbol es el primer organismo internacional en el

deporte, fundado en 1916 – y mundial, principalmente en los Juegos Olímpicos. (Las disputas polideportivas regionales son posteriores: los primeros Juegos Panamericanos son de 1951). El historiador uruguayo Andrés Morales señala que

*En la conquista de 1924 se construye la idea de que un equipo formado por hispano-latinos, fundamentalmente conformado por jugadores de origen español e italiano, había mostrado superioridad y había vencido a representaciones nacionales de países del tronco anglosajón como Holanda, Estados Unidos o Suiza. Con orgullo se decía que el equipo que había conquistado la medalla de oro hablaba en español. En 1928, la construcción de la identidad se realiza en círculos concéntricos. Con los triunfos contra Holanda y Alemania se parte una vez más de la idea de la superioridad de lo hispano-latino sobre lo anglosajón en el fútbol. Pero luego de derrotar a Italia (en donde el enfrentamiento es tomado como un choque entre dos potencias del fútbol latino), la alteridad básica pasa a ser de América contra Europa (Morales, 2013: 202).*

De esa manera, el flujo se reconvirtió en alteridad: el deporte latinoamericano debía competir con los europeos para demostrar su pretendida o deseada superioridad. Ese nacimiento del deporte internacional como competencia entre naciones tiene, además, otra consecuencia decisiva: ¿cómo plantear o imaginar el ejercicio de complementariedades y solidaridades, de colaboraciones y sociedades mutuas, en un campo organizado por la competencia como principio constructivo?

En segundo lugar, aparece otro elemento, cuya primera visibilidad se produce en el fútbol. Desde los años posteriores a estas primeras Olimpíadas, este deporte había tendido a la profesionalización, derivada fundamentalmente del acceso de las clases populares al protagonismo en la práctica. Esa nueva organización ocurre antes en Europa que en América Latina, lo que permitirá la seducción de algunos deportistas y su captura por el mercado europeo – principalmente, el italiano. La primera migración en reversa data de 1925: el jugador argentino Julio Libonatti se va de su Rosario natal para jugar en el Torino italiano. Luego de la primera Copa del Mundo de Fútbol, en 1930, se instala un flujo migratorio de argentinos, uruguayos y brasileños a Italia: la antropóloga brasileña Carmen Rial afirma que

*Saíram do Palestra Itália para a Itália quatorze dos vinte e seis jogadores brasileiros registrados como tendo saído do país entre 1929 e 1943 (...). Eles se dirigiram para a Itália, aproveitando as vantagens de um mercado que pagava salários bem mais vantajosos, e logo ganharam grande visibilidade no cenário futebolístico do país. Era tão grande a presença brasileira na Itália em alguns clubes que a Lazio, por exemplo, era chamada de Brazilazio (Rial, 2009: 10).*

Esto significa la aparición, desde entonces definitiva, del mercado como regulador de las relaciones entre ambos continentes. Progresivamente, lo que ocurrirá es el siguiente proceso:

- a. El despliegue de las distintas prácticas deportivas localmente – nacional o regionalmente, con énfasis diversos dependientes de muy distintas y complejas razones locales, hasta el nivel micro. El fútbol se instalará en casi todo el subcontinente como gran deporte nacional, desplazado por el béisbol en los enclaves de mayor influencia norteamericana, pero con otros deportes ganando popularidad y practicantes en relación con ese entramado de razones particulares: el ciclismo en toda Colombia,<sup>1</sup> por ejemplo, pero el hockey sobre patines sólo en la provincia argentina de San Juan; el polo en la zona pampeana argentina, el remo en todas las capitales portuarias, y así a lo largo y lo ancho del subcontinente.
- b. Una vez consolidada y extendida la práctica, tanto popularmente como en enclaves de clase – la esgrima nunca abandonó su condición restringida de deporte burgués o de clases altas, como ocurrió con el rugby en las clases medias altas –, los organismos deportivos locales o nacionales intentan participar en competencias internacionales como modo de disputar un imaginario nacional: hasta la Segunda Guerra, contra los europeos; luego de ella, la hegemonía soviética y norteamericana desplaza la atención en buena parte de los deportes, salvo centralmente en el fútbol y en otros de menor predicamento. Las experiencias puramente regionales o locales son irrelevantes –excepción hecha del béisbol, que concentra su práctica entre EEUU y el Caribe: las federaciones nacionales latinoamericanas organizan, desde finales de los años 50, todos sus esfuerzos hacia la competencia internacional en instancias mundiales o llanamente globalizadas (los Juegos Olímpicos y el fútbol).
- c. Pero con el advenimiento de la profesionalización extendida de todas las actividades deportivas, tímidamente desde la década de 1960, masivamente en la siguiente, oficialmente desde 1988 para el COI y las disciplinas olímpicas, el flujo se transforma en pura y simple migración de practicantes, regulado por los distintos «mercados deportivos». El caso del fútbol, como señalamos, es el más notorio y el que involucra progresivamente cifras más estruendosas, tanto en términos de los sujetos involucrados – hoy es casi imposible cuantificar la cantidad de jugadores latinoamericanos que se desempeñan en las Ligas europeas – como de los valores de pases y contratos, con las recientes transferencias del brasileño Neymar – del Santos paulista al Barcelona español, primero, y luego al Paris Saint Germain francés – como clímax. La sentencia Bosman, de 1995, que amplió el reconocimiento de los derechos laborales a todos los deportistas europeos para cualquier Liga, radicalizó este

---

<sup>1</sup> La invención de la Vuelta a Colombia en 1951 se basaba en Le Tour de France, creado en 1903, el Giro d'Italia, en 1909, y la Vuelta a España, en 1935.

proceso con la aparición de los «oriundos»: los practicantes deportivos con ascendencia europea – especialmente, italiana y española – que adquirirían su ciudadanía para usufructuar los beneficios consiguientes. Este proceso fue nuevamente notorio en el fútbol – incluyendo casos de corrupción e ilegalidades de distintos tonos – pero no se restringió a él, abundando también en el caso del básquet y el vóley.

- d. De esa manera, la «colaboración» deportiva entre Europa y América Latina quedó establecida en un flujo unidireccional: la migración en busca de mejores mercados laborales. Esto incluye las prácticas de menor rendimiento económico, pero de mejor desarrollo comparativo en términos técnicos: los y las deportistas buscan mejores métodos de entrenamiento en los espacios de mayor prestigio en cada disciplina. En ocasiones, ambas se combinan: el acceso a las Ligas europeas en los deportes altamente profesionalizados supone simultáneamente el acceso a mejores mercados laborales y mayor exigencia y preparación técnica. Nuevamente, el flujo está regulado por el mercado, no por instituciones públicas: un buen ejemplo es el caso reciente del convenio firmado entre la Asociación Argentina de Tenis con la Rafa Nadal Academy, que acogerá a tenistas juveniles argentinos para su desarrollo – durante algún tiempo, especialmente en los años 90 del siglo pasado, esta migración se establecía con academias norteamericanas prestigiosas, como la de Nick Bolletieri; en cualquier caso, el modelo es el mismo. En el caso del fútbol, se desarrollan asociaciones punto a punto entre clubes (Millonarios de Colombia con Benfica de Portugal, Deportivo Cali de Colombia con el Barcelona de España, por ejemplo) que simplemente ratifican la tendencia migratoria – permitiendo la caza de talentos a edades más tempranas.

El deporte moderno estalla como hecho de masas alrededor de la competencia internacional, que es contemporánea de los procesos de popularización locales. Básicamente, toda práctica deportiva se estructura sobre la base de la competencia – incluso el llamado «deporte recreativo» incluye una justa; a veces, contra los propios límites del deportista. Pero las competencias internacionales son las que impulsan decididamente las prácticas deportivas hacia su masificación en términos de espectáculo de masas: son los Juegos Olímpicos y las Copas del Mundo de Fútbol los eventos deportivos que se volverán el centro de la organización del deporte contemporáneo como mercancía privilegiada de la industria cultural. Esa trama, que habilita la mercantilización exasperada de todos los deportes desde finales del siglo XX, al mismo tiempo desalienta las experiencias de intercambio y colaboración: en manos de las organizaciones deportivas, esas experiencias quedan truncas, restringidas a empresas individuales regidas por las reglas del mercado. Si un practicante puede acceder a entrenamientos y perfeccionamientos superiores a los que dispone en su territorio local – lo que constituye en exceso la regla en el balance entre Europa y Latinoamérica, con contadas excepciones – y puede pagar por ello, lo hace, accediendo a

financiamiento personal, en algunos casos a apoyo de sponsors y en otros a su propia transformación en mercancía a futuro. En ningún caso se trata de colaboración entre instituciones públicas.

La colaboración entre instituciones públicas se restringe a casos aislados. En la década de 1960, por ejemplo, una serie de acuerdos de cooperación técnica entre el gobierno colombiano y el alemán – la vieja RFA – permitió que una misión pedagógica produjera recomendaciones respecto de la organización de la educación física colombiana que redundó, años más tarde, en la creación de Coldeportes, desde entonces la institución gubernamental que dirige las políticas deportivas del país latinoamericano. Pero este acuerdo es excepcional.

Asimismo, el deporte se ha transformado aceleradamente, como venimos señalando, en una industria de gran facturación: principalmente por los capitales televisivos (y publicitarios), pero a la vez por una serie de industrias conexas –por ejemplo, los equipamientos o la vestimenta – que a su vez se transforman en inversiones publicitarias. Las sumas invertidas son enormes: un informe de 2015 cifraba la cantidad de inversión publicitaria en deportes en 450.000 millones de dólares; sólo la reciente Copa del Mundo de Fútbol de Rusia incorporó 2.400 millones más a la facturación estimada anual, según fuentes periódicas. Cálculos periodísticos estiman un PBI global del deporte en alrededor de 700.000 millones de dólares en 2015 (otra estimación de 2012 lo fijaba en una suma mayor, de 754.000 millones de euros). A partir de allí, la orientación de las actividades y políticas deportivas locales o de cooperación internacional quedan duramente regidas por el mercado, lo que viene ocurriendo crecientemente, en medidas disímiles según la práctica deportiva, desde la profesionalización del fútbol entre 1920 y 1940. Cualquier experiencia o propuesta de colaboración, intercambio o interacción, aunque pueda estar basada en principios nobles y metas elevadas, deberá enfrentar ese dato ineludible...y saber sortearlo.

Una excepción notable a la regulación por el mercado deportivo lo constituyó el caso cubano. En la década de 1990, el llamado «período especial» en Cuba motivó una serie de acuerdos con los países latinoamericanos para la «exportación» de entrenadores deportivos en disciplinas donde la política cubana había sido especialmente exitosa. Esto provenía de la única experiencia latinoamericana de planificación estatal intensa en el plano deportivo: en Cuba, el deporte profesional fue abolido en 1962, alegando que el profesionalismo es un fenómeno típico del capitalismo, en tanto explotación del individuo, y consecuentemente no podía tener lugar en una sociedad socialista. En 1961 se había creado el Instituto Nacional de Deportes, Educación Física y Recreación (INDER), que tomaría a su cargo la organización y planificación del deporte. Entre otras consecuencias, esto llevó a que la práctica y la asistencia a eventos fuera desde entonces absolutamente gratuita. El deporte ha sido incorporado a otras instituciones sociales, además de, obviamente, la escuela y la Universidad: la fábrica, las fuerzas armadas y también la producción rural. El esquema se basa en una extendida práctica de base escolar donde se produce un proceso

de detección de talentos, apuntando centralmente al éxito, al reconocimiento internacional y al prestigio de la Revolución. Siguiendo el modelo desarrollado por la Unión Soviética a partir de los años cincuenta, y practicado epigonalmente en la Europa Oriental de la Guerra Fría, el éxito deportivo significaba poner en escena, en una arena tan espectacularmente global como las competencias internacionales, los beneficios del modo socialista de organización. Las consecuencias de estas políticas en Cuba fueron notorias. En los Juegos Panamericanos, Cuba creció de veinte medallas en 1959 a 152 en 2003 (con un pico de 275 en 1975, antes de la crisis del comunismo europeo y el Período especial). En los Olímpicos, saltó de una medalla en 1964 a 29 en 2000. La política de masas también produjo grandes estrellas individuales: Alberto Juantorena, Javier Sotomayor o Teófilo Stevenson. En este último caso, la narrativa heroica alcanzó su plenitud, perfeccionada: no solo se trataba de un boxeador, con la carga mítica del origen humilde, sino de un héroe del socialismo. Stevenson, campeón olímpico imbatible de los pesos pesados, la máxima categoría del boxeo mundial, rechazó sistemáticamente todas las tentaciones para pasar al profesionalismo y competir fuera de Cuba, insistiendo en sus convicciones revolucionarias.

El modelo cubano se intentó reproducir en la Nicaragua sandinista, con la creación de un Instituto de Deportes menos de dos meses después del triunfo de la Revolución, y el establecimiento de cientos de Comités de Voluntarios Deportivos en todo el país, para desarrollar la práctica local y comunitaria. La caída del sandinismo en 1990 provocó la cancelación de la experiencia, impidiendo comprobar si la política cubana bastaba para generar el éxito deportivo.

Estas experiencias fueron muy aisladas en Latinoamérica, a pesar de las buenas intenciones proclamadas por sus elites dirigentes y políticas. Sólo en ciertos enclaves se alcanzaron logros globales importantes. Prueba de ello es el análisis del medallero olímpico. Si nos centramos en los Juegos de Verano – las naciones latinoamericanas no suelen asistir masivamente a los Juegos de Invierno –, la nación más exitosa es Cuba, ubicada en el puesto 20° del medallero general; pero por encima de ella se encuentran naciones ya desaparecidas, como la URSS o la República Democrática Alemana. La sigue Brasil, en el puesto 29°, debajo de otras naciones desaparecidas como la República Federal Alemana o Checoslovaquia. Argentina y México aparecen en los puestos 41° y 42°, anteceditas por la vieja Yugoslavia. Por supuesto, el grueso de las naciones europeas actualmente miembros de la Unión se ubica por encima, en resultados, de todas ellas.

### **15.3 Conclusiones: Los organismos y las políticas**

A los efectos del desarrollo de políticas deportivas públicas, el panorama latinoamericano es muy complejo y dispar. En algunas ocasiones se trata de organismos de rango ministerial; en otros, de Secretarías integradas a ministerios, generalmente del área de educación

– producto de la tradición latinoamericana de integración de las prácticas deportivas en las escolares a través de la educación física, pero sin integración de éstas en la práctica de masas o en las actividades reguladas por las Federaciones particulares, que en todos los casos son organismos de derecho privado. Ni siquiera el núcleo de base de la práctica es similar en todos los casos: existe el modelo del club deportivo como asociación civil, sin propietarios o cotización por acciones – el modelo argentino y uruguayo, privatizado en Brasil y Chile, por ejemplo –; la empresa privada deportiva, extendida en el resto del continente, especialmente en el fútbol; la organización escolar o universitaria; en pocos casos, el municipio es el principal organizador de actividades deportivas – generalmente, a cargo de prácticas poco rentables o no profesionalizadas. Los espacios son consecuentemente variados, desde el núcleo municipal hasta las instalaciones privadas, pasando por algunos casos de instalaciones estatales para deportes de alto rendimiento.

A nivel regional o continental, los organismos son nuevamente variados. Existe una ODESUR, Organización Deportiva Suramericana, fundada en 1976 y que reúne a los Comités Olímpicos de las naciones sudamericanas; una Panam Sports, Organización Deportiva Panamericana que reúne a los Comités Olímpicos de todo el continente y organiza desde 1951 los Juegos Panamericanos (en los que participan naciones no latinoamericanas); existen Federaciones y Confederaciones de las distintas disciplinas, que organizan los torneos continentales o subcontinentales. Las políticas públicas se encuentran nucleadas desde 1993 en un Consejo Iberoamericano del Deporte, que reúne a los representantes de cada Dirección o Secretaría Nacional del Deporte de las naciones iberoamericanas, incluyendo a España y Portugal (que integran una «Zona Ibérica», junto a la «Zona Sudamérica» y la «Zona Centro y Caribe»). Las actividades desplegadas no han salido de las relaciones cordiales y la producción de declaraciones, pero no registra programas concretos de cooperación o intercambio.

Simultáneamente, la Unión Europea no parece haber hecho del deporte un eje especial de desarrollo hasta fechas recientes. Sólo a partir del Tratado de Lisboa en 2009, la Unión incluyó el deporte entre sus incumbencias, luego de la producción del llamado Libro Blanco del Deporte en 2007 y el Plan de Acción Pierre de Coubertin, de 2008. El Tratado de Lisboa desplegó estas incumbencias en su artículo 165, y desde entonces el énfasis ha sido únicamente regional, con atención al intercambio educativo entre las naciones del Tratado, la relación entre deporte y salud, el problema del dopaje, las posibilidades del deporte como mecanismo de inclusión social, las prácticas de racismo y violencia deportiva, y la gobernanza nacional y continental del deporte. En documentos de 2016 se incorporó la preocupación por la integración de colectividades migrantes, aunque el caso de los deportistas latinoamericanos no formó parte de la declaración. En los programas de acción 2007-2013 y 2014-2020, el deporte tampoco integró el catálogo de acciones posibles para la investigación o la producción de nuevo conocimiento. Al parecer, el deporte europeo también quedó organizado, centralmente, por las decisiones de mercado.

La historia del deporte en América Latina demuestra la enorme importancia de los países europeos en su fundación, despliegue y consolidación, tanto a través del pionerismo – la concurrencia de «padres fundadores» y difusores de los deportes modernos en las naciones latinoamericanas – como, posteriormente, su constitución como espejos y modelos de alteridad. Con la excepción del béisbol, limitado a la influencia norteamericana en Centroamérica y el Caribe, incluso los deportes creados por la cultura deportiva de los EE.UU. fueron objeto de «transplante modélico», como es el caso del básquet – hasta quince años atrás, la NBA permanecía como un mercado inaccesible tanto para europeos como para latinoamericanos, por lo que el juego de modelos y alteridades se refugiaba en el mundo de la International Basketball Federation o FIBA, bajo dominio europeo. La primera migración de los jugadores latinoamericanos, en cualquier deporte, es a Europa; los EE.UU. sólo aparecen como segunda posibilidad en ciertas prácticas – el básquet – o a través de la incorporación universitaria – aunque no hay cifras disponibles, no parecen ser datos relevantes. El deporte latinoamericano se constituyó mirando a Europa, porque miraba al padre (si se acepta este pliegue psicoanalítico), al que debía vencer para ser reconocido.

El panorama no parece ser, en consecuencia y en ambos continentes, muy promisorio para las oportunidades de colaboración e intercambio. Sin embargo, entendemos que el deporte puede ser un espacio privilegiado para la producción de experiencias de colaboración. Por un lado, por su condición de lenguaje global, por la facilidad con la que los códigos de las prácticas específicas se comparten entre sujetos practicantes de latitudes diversas – y lo mismo puede decirse de los espectadores. Por otro, al ser el deporte ese lenguaje global, puede transformarse en una excelente herramienta para acrecentar las posibilidades de conocimiento y respeto mutuo entre sociedades, para colmo con relaciones tan extendidas históricamente como las europeas y las latinoamericanas. Pero ese conocimiento debe sortear la trampa del estereotipo, para el que el establecimiento de colaboraciones bien fundadas y mejor administradas es decisivo: un reciente trabajo inédito del sociólogo brasileño Ronaldo Helal (2018) demostró que los estereotipos fijados en la prensa francesa sobre el fútbol brasileño en la Copa del Mundo de 1938 – representaciones estereotípicas organizadas por el principio del exotismo y un no muy velado racismo – permanecían casi intocados en la Copa de 1998.

Al mismo tiempo, hay efectos sociales del deporte largamente consensuados: el mayor es el consenso global alcanzado respecto de la influencia altamente beneficiosa – por no decir indispensable – de la práctica deportiva sobre la salud colectiva. No ha sido probado cierto mito establecido periodísticamente sobre las posibilidades del deporte para la llamada «inclusión social»: en general, los usuarios de planes de este tipo, poblaciones vulneradas o socialmente excluidas, se limitan a explorar las posibilidades para acceder a las prácticas rentadas profesionales, especialmente el fútbol, como forma de ascenso social. Pero sí está probada la correlación entre práctica deportiva y salud. Del mismo modo, hay

una correlación entre Desarrollo Humano y práctica deportiva, pero no causal: el mayor IDH se verifica en sociedades con altas tasas de práctica deportiva, pero en general esto demuestra que la misma precisa de condiciones de riqueza y tiempo libre.

Si compartimos en consecuencia estos principios – la relación estrecha entre deporte, salud colectiva, bienestar social, conocimiento mutuo –, resulta claro que, retornando al punto anterior, estas líneas no pueden quedar libradas al mercado o a la mera filantropía. Un buen ejemplo de ello es el deporte practicado por mujeres: tradicionalmente descuidado en el subcontinente, ha dependido en buena medida del trabajo de sus practicantes. Recientemente, el crecimiento de la práctica de fútbol femenino, el caso más notorio de la actualidad deportiva latinoamericana, ha sido posible por la acción denodada de organismos de la sociedad civil que precisarían de mucho más apoyo que el que las elites dirigentes o las políticas estatales han decidido brindar. Se requiere una acción estatal enérgica, o el establecimiento de colaboración estrecha entre organismos públicos, nacionales o supranacionales, y organizaciones de la sociedad civil que puedan desplegar eficientemente acciones de colaboración y complementación. Aunque el *mens sana in corpore sano* haya quedado desplazado como lema aristocrático o burgués, la organización y expansión democrática del deporte de masas sigue siendo, o debería ser, un objetivo crucial en las políticas nacionales y de cooperación internacional del que ni el COI ni la FIFA pretenden, ni mucho menos, ocuparse.

En consecuencia, toda política de colaboración, intercambio y mutuo fortalecimiento debería priorizar, en primer lugar, una des-futbolización de las líneas de acción, entendiendo la categoría como una metáfora amplia en el sentido de sustraer el desarrollo deportivo a las reglas mutuamente limitantes y excluyentes del hiperprofesionalismo y los mercados involucrados – centralmente, los televisivos o ampliamente mediáticos, pero también los publicitarios y, dentro de ellos, los del esponsorio. En tanto casi todo el ámbito de la alta competencia está organizado por estas reglas y dominado, regulado y administrado por la concurrencia de capitales concentrados y organizaciones deportivas supranacionales y paraestatales, las acciones deberían concentrarse en los organismos que pueden diseñar políticas públicas para el deporte de masas, así como en la sociedad civil.

Como señalamos, el fortalecimiento de la práctica femenina es un buen ejemplo de estos ámbitos de acción. Pero para citar otro que adquiere relativa urgencia en la agenda latinoamericana, el fracaso relativo de sus políticas de control estatal de la violencia deportiva debería permitir imaginar, como contraste, el apoyo a las iniciativas de la sociedad civil, poniendo en contacto organizaciones de ambos continentes – muy desarrolladas en el caso europeo – y apoyando su despliegue. Del mismo modo, otro campo de acción fértil es la conexión entre deporte de masas y políticas educativas: los indicadores latinoamericanos tienden a describir el crecimiento de las matrículas escolares, lo que permitiría priorizar esos espacios para el desarrollo de las prácticas deportivas de masas de un modo más democrático – por universal.

## Referencias

- Alabarces, P. (2018). *Historia Mínima del Fútbol en América Latina*. México: El Colegio de México.
- Anderson, B. (1996). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.
- Arbena, J.L. (1988). *Sport and society in Latin America: diffusion, dependency, and the rise of mass culture*. New York: Greenwood Press.
- Arbena, J.L. (1999). *Latin American sport: an annotated bibliography, 1988-1998*. Westport: Greenwood Press.
- Arbena, J.L. (2002). *Sport in Latin America and the Caribbean*. Wilmington, Del.: Scholarly Resources.
- Archetti, E. (2001). *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Archetti, E. (2003). *Masculinidades. Fútbol, polo y el tango en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Brown, M. (2015). British Informal Empire and the Origins of Association Football in South America. *Soccer & Society*, 16(2-3): 196-182.
- Buarque de Hollanda, B.B. (2018). Iberismo versus americanismo en el fútbol: Un análisis sobre el lugar del deporte en la construcción del imaginario latinoamericano. *Revista iberoamericana de Comunicación*, 34: 137-169.
- Euroaméricas Sport Marketing (2015). Publicidad en deportes superará los US\$ 450.000: este año. Euroaméricas Sport Marketing, 14/4/2015. Disponible en: <http://www.euromericanas.com/publicidad-en-deportes-superara-los-us-450-000-este-ano/> [último acceso: 23/10/18].
- Fernández L'Hoeste, H.; McKee Irwin, R.; Poblete J. (2015). *Sports and nationalism in Latin/o America*. New York, NY: Palgrave Macmillan.
- Guttman, A. (1994). *Games and empires: modern sports and cultural imperialism*. New York: Columbia University Press.
- Helal, R. (2018). *Las narrativas de la prensa francesa sobre el fútbol brasileño en los Mundiales de 1958 y 1998*. Paper presentado en el XXXVI International Congress of the Latin American Studies Association, Barcelona, 23 al 26 de mayo de 2018.
- Lanfranchi, P.; Taylor, M. (2001). *Moving with the ball*. Oxford/New York: Berg.
- Libro Blanco sobre el Deporte* (2007). Bruselas, 11/7/2007. Disponible en: [http://fundacionusc-deportiva.org/fileadmin/arquivos/pdfs\\_non\\_publicos/Libro\\_Blanco\\_sobre\\_el\\_deporte.pdf](http://fundacionusc-deportiva.org/fileadmin/arquivos/pdfs_non_publicos/Libro_Blanco_sobre_el_deporte.pdf) [último acceso: 23/10/18].

- Molina, G. (2013). El deporte está entre los 10 principales negocios del mundo. *Mercado*, Buenos Aires, 30/7/2013. Disponible en: <http://www.mercado.com.ar/notas/8013198> [último acceso: 23/10/18].
- Morales, A. (2013). *Fútbol, identidad y poder (1916-1930)*. Montevideo: Editorial Fin del Siglo.
- Parlamento Europeo (n.d.). *El Deporte*. Fichas temáticas sobre la Unión Europea. Disponible en: <http://www.europarl.europa.eu/factsheets/es/sheet/143/el-deporte> [último acceso: 23/10/18].
- Pinillos García, J.M. (2006). La educación física y el deporte en Colombia. Una oposición de discursos en el período comprendido entre 1968 y 1991. *EFDeportes Revista Digital*, 10(93), febrero de 2006. Disponible en: <http://www.efdeportes.com/efd93/colombia.htm> [último acceso: 23/10/18].
- Quiroga, A. (2018). El marketing deportivo mueve US\$63.000 millones al año. *Diario Clarín*, Buenos Aires, 04/02/2018. Disponible en: [https://www.clarin.com/economia/marketing-deportivo-mueve-us63000-millones-ano\\_0\\_SJ\\_2d8zLz.html](https://www.clarin.com/economia/marketing-deportivo-mueve-us63000-millones-ano_0_SJ_2d8zLz.html) [último acceso: 23/10/18].
- Rial, C. (2006). Jogadores brasileiros na Espanha: emigrantes porém... *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LXI (2): 163-190.
- Rial, C. (2009). Porque todos os “rebeldes” falam português? A circulação de jogadores brasileiros/sul-americanos na Europa, ontem e hoje. *Antropologia em primeira mão*, 110, Florianópolis, UFSC: 1-22.
- Rinke, S. (2007). ¿La última pasión verdadera? Historia del fútbol en América Latina en el contexto global. *Iberoamericana*, 7 (27): 85-100.
- Said, E. (1996). *Cultura e Imperialismo*. Barcelona: Anagrama.
- Scharagrodsky, P.A. (2015). El Sistema Argentino de Educación Física. Entre el cientificismo, la higienización, el eclecticismo y la argentinidad. *Revista Brasileira das Ciências do Esporte*, 37(2): 158-164.
- Sport.es (2015). La industria del deporte mundial genera 700.000 millones de dólares, según UIA. *Sport*, Madrid, 30/10/2015. Disponible en: <https://www.sport.es/es/noticias/deportes/la-industria-del-deporte-mundial-genera-700000-millones-dolares-segun-uia-4632631> [último acceso: 23/10/18].
- Tratado de Creación del Consejo Iberoamericano del Deporte (CID). Declaración de México* (1994). Disponible en: <http://legislacion.asamblea.gob.ni/Instrumentos.nsf/d9e9b7b996023769062578b80075d821/f02c9d196d05e8f9062573690078bf0f?OpenDocument> [último acceso: 23/10/18].

- Unión Europea (2017). *Resolución del Consejo y de los Representantes de los Gobiernos de los Estados miembros, reunidos en el seno del Consejo, relativa al Plan de Trabajo de la Unión Europea para el Deporte (1 de julio de 2017 - 31 de diciembre de 2020)*. Bruselas, 24/5/2017. Disponible en: <https://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/TXT/?uri=CELEX%3A42017Y0615%2801%29> [último acceso: 23/10/18].
- Van Bottenburg, M. (2010). Beyond Diffusion: Sport and Its Remaking in Cross-Cultural Contexts. *Journal of Sport History*, 37(1): 401-413.
- Veblen, T. (1974). *Teoría de la clase ociosa*. México: Fondo de Cultura Económica.